

FRANCISCO NOS LLAMA A LA MISERICORDIA

(Mensaje del Obispo de San Sebastián)

*“El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas”.*
(Sal 144, 8-9)

¿Qué podemos decir nosotros de Dios? ¿Qué sabemos de Él?... Poco podemos decir por nosotros mismos, y menos aún desde nuestras ideologías. La fuente de la predicación de la Iglesia está en la Revelación divina, auténtica luz para conocer el Corazón de Dios.

¡Dios es misericordioso! Podemos decirlo con toda certeza, y con toda esperanza. La gran noticia no es simplemente que Dios existe, sino que nosotros existimos para Él; y que nos ama a cada uno de forma única e irrepetible.

La mayor prueba del amor de Dios está en su Encarnación, así como en su Muerte y Resurrección. Es por ello que la Iglesia celebró en el año 2000 el Jubileo de la Encarnación. Y por eso mismo, celebró igualmente en 1933 y 1983, un Jubileo de la Redención, recordando los 1900 y 1950 años de la Muerte y Resurrección del Señor. Pues bien, nuestro Papa Francisco ha tenido la intuición de convocar ahora un Jubileo extraordinario para celebrar la Misericordia de Dios. A diferencia de los Jubileos anteriores, no conmemoramos tanto un aniversario concreto, cuanto que proclamamos que Dios es bueno, infinitamente bueno; es decir, misericordioso. ¡Nada más y nada menos!

Pero más aún, no solo celebramos que Dios es misericordioso, sino que recordamos esperanzadamente que hemos sido creados a imagen y semejanza suya, y que por lo tanto estamos llamados a ser misericordiosos. De ahí el lema de este Año Jubilar: *“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”*. De los hijos se espera que sean como el Padre. Lo contrario sería una traición hacia Él, además de una desgracia para nosotros.

Esto nos recuerda que la misericordia es un don de Dios, y al mismo tiempo una llamada a nuestra conversión. La misericordia de Dios no estriba tanto en “tapar” nuestro pecado, cuanto en realizar en nosotros el milagro de la transformación interior. O dicho con otras palabras, la bondad de Dios no consiste solo en tener paciencia con

nuestro pecado, sino en santificarnos. Este es el motivo por el que el sacramento de la Reconciliación ocupa un lugar central en la celebración del Jubileo.

Para comprender mejor este punto, traigo a colación la conocida imagen del “hospital de campaña”, con la que el Papa Francisco suele referirse a la Iglesia. Tengamos en cuenta que en un buen hospital no solo se ofrecen tratamientos sintomáticos para aliviar el sufrimiento del enfermo, sino que se ofrecen también remedios terapéuticos para curarlo. Es cierto que la medicina humana tiene una eficacia limitada, y que con frecuencia no tiene más remedio que resignarse a ofrecer cuidados paliativos. ¡Pero no es el caso de la “medicina” divina! Como dice el profeta Isaías: *“Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana”* (Is 1, 18).

En conclusión, la verdadera misericordia es la que nos lleva a la propia conversión, al mismo tiempo que nos conduce a tener paciencia con el prójimo. He aquí un buen propósito para este Año Jubilar: ¡Sé exigente contigo mismo, y paciente con los demás!

A este respecto, os propongo un gran compromiso para este Jubileo: arrancar de nosotros toda crítica, murmuración, cotilleo y maledicencia. ¿Cómo vamos a celebrar el Jubileo de la Misericordia si nos juzgamos continuamente los unos a los otros? ¿Cómo vamos a recibir el perdón de Dios, si no nos perdonamos de corazón mutuamente? Este Jubileo necesita traducirse en nuestra Diócesis en un ejercicio profundo y sincero de petición de perdón y de acogida del perdón. De lo contrario, la conmemoración no pasará de ser epidérmica, y no llegará a penetrar y cambiar nuestras vidas.

Si alguna insistencia especial ha tenido el Papa Francisco en su pontificado, ha sido precisamente ésta. Las expresiones contundentes que ha utilizado son inolvidables: *“La murmuración es el vómito del Diablo”*; *“Las murmuraciones matan, igual o más que las armas”*; *“Cuando usamos la lengua para hablar mal del prójimo, la usamos para matar a Dios”*; *“¡Cuántos chismorreos hay en el seno de la propia Iglesia!”*... Este llamamiento de Francisco responde plenamente a las Obras de Misericordia Espirituales, auténtica alternativa frente a las murmuraciones: corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo necesita, sufrir con paciencia los defectos del prójimo, etc. Con el Salmo, os invito a que pidamos todos juntos a Dios con fe: *“Pon, Señor, una guardia en mi boca, un centinela a la puerta de mis labios”* (Sal 141,3)

Una parte muy importante de este pequeño libreto diocesano del Jubileo de la Misericordia que tenéis en vuestras manos, está centrado en torno a las Obras de Misericordia Corporales. No podemos olvidar que la parábola del Buen Samaritano concluye con una invitación a practicar la misericordia: *“Anda, y haz tú lo mismo”* (Lc 10, 37). Por ello, hemos hecho un esfuerzo para que en la programación jubilar de nuestra Diócesis, se ofrezcan experiencias concretas para la práctica de las Obras de Misericordia. En estas páginas podréis encontrar diversas posibilidades para vivir una experiencia de misericordia con los pobres, con los prófugos, con los enfermos, con los presos, en las misiones, etc. Os invito a participar personal y concretamente en esas experiencias de misericordia en la medida de vuestras posibilidades, sin quedarnos en la condición de espectadores.

Por último, en la Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, que lleva el título de “Misericordiae Vultus” y cuya lectura os recomiendo fervientemente, el Papa se dirige en un momento determinado a los presos, en unos términos que bien podríamos aplicarnos todos nosotros. En concreto, a propósito de su imposibilidad de peregrinar para atravesar físicamente la Puerta Santa, les invita a “atravesar la puerta de su celda” dirigiendo su pensamiento y la oración al Padre. ¡Esa será su particular Puerta Santa!

Acaso también nosotros debamos de aprender mucho de la invitación que el Santo Padre dirige a los reclusos. Cada uno deberemos de descubrir cuál es esa “Puerta Santa” en nuestra vida concreta, que estamos llamados a traspasar con la confianza puesta en el Corazón de Cristo. Dios es capaz de convertir las rejas de nuestra cárcel personal en experiencia de libertad, así como de transformar el “portón maldito” en “puerta bendita”. No nos ha de faltar la ayuda de María, de la cual dice nuestro Papa Francisco: *“María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura”*.

Este Jubileo nos ofrece la posibilidad de reconciliarnos con la propia historia de nuestra vida, tantas veces dolorosa y no suficientemente asumida. A la luz de la fe, estamos llamados a entender incluso nuestros gravísimos errores, como parte de una providencia que nos conduce por el camino de la humildad hacia el Cristo glorioso. Se trata de entender nuestra propia historia en clave de la Historia de Salvación. No lo dudemos: La luz de la misericordia es la clave de la comprensión de nuestra propia historia.